

PROSA Y VERSO

Periodico literario



Redacción y Administración: Pedro de la Gasca, 7

Año II.—Segunda época.—Núm. 31.

AVILA 4 DE ABRIL DE 1908

NUESTROS COLABORADORES



Angel de Tapia.

SUMARIO

Entre sábados, por Nanclores.—Soneto, por Juan Ruiz de Salazar.—La casita de los pájaros, por Diana.—¡Pobre patial por Juan Chaves Rodriguez.—Autobiografía, por Angel de Tapia.—Desengaño amargo, por A. Desencantado.—Triste alegría, por Carlos M. de Setien.—Cuestión de estrenos, por Angel H. Galindo.—Ecos de Sociedad, por *El Diablo Cojuelo*.—Picadillo.—Apartado de „Prosa y Verso” por El Cartero.



Por
Nanclores

Si por algo me gusta que llegue el buen tiempo es porque las señoritas se van despojando de esos ridículos artefactos que antes se llamaban sombreros pero que hoy no tienen calificativo adecuado á su extravagancia y mal gusto.

Siempre fui enemigo de esos cobertores que roban la mayor parte del tocado de la mujer á nuestra ilusión. Ocultar una sedosa y ondulante cabellera bajo esos trastos que llevan algunas por exigencia de la moda lo estimo en verdadero crimen de lesa hermosura.

Cierto que hay algunas caras á las que les cae muy bien un sombrerito coqueton y diminuto forma Valliere con su ligero sprit ó sencillamente adornado de violetas, pero no me negarán ustedes que son las más las que están fusilables con esos chambergos Artagnan de las alas descomunales que aún siendo muy bella la que le use no deja lucir toda su belleza. Y el caso es que se acentúa y exagera tanto la nota en esto de las modas, que hay una individua que parece un grillo debajo de una cazuela. Como todo pasa, pasó también lo de adornar abigarradamente los sombreros con flores grandes, frutas y hortalizas que daban al paseo el aspecto de una plaza de verduras. Hoy están más á la última los lazos, y las plumas y alones.

La tendencia de la moda en los de la próxima estación es de grandes dimensiones en paja gris con adornos de seda y pluma grande pajiza caída á la derecha, sobre el ala y levantada la izquierda.

Es un modelo muy bonito que resultará muy bien á las que sean buenas mozas y tengan anchura de cara y de lo demás, pero si me coloca V. debajo de un sombrero de esos á una de esas criaturitas que parecen gilguerillos en pelo malo, pues... ayúdeme usted á sentir; habrá que agacharse para verlas la cara.

En una palabra; por bonito y elegante que sea un sombrero, siempre está mejor la mujer sin nada á la cabeza y de llevar algo la mantilla española ¡Olé mi tierra!



SONETO

EN EL JARDIN DESIERTO

Himno triunfal levantan armoniosas
las frondas agitadas por el viento,
y dicen las fontanas su lamento
entre las alamedas rumorosas.

La estática belleza de las cosas
te evoca ante mi propio pensamiento
y en la brisa vernal, sorbo tu aliento
que sabe á besos y trasciende á rosas.

A rosas aromáticas que fueron
diadema de tu frente soberana
y símbolo fatal de mis amores,
que en tu carne liliál languidecieron
besándote al morir como á una hermana
y dejando en tu cuerpo sus olores.

JUAN RUIZ DE SALAZAR.



La casita de los pájaros

¡Un nido...! ¡Qué casita tan bonita! ¡Qué obra tan maravillosa...! Yo estimaría en muy poco el corazón de aquel hombre que al encontrarse, yendo de paseo, una obra tan sublime de amor y de cariño, como esto, no pensara al momento en los brazos de su madre... Para nosotros ella fué nuestro nido, nido dulcísimo que jamás nunca olvidamos.

¡Un nido...! ¡Habéis pensado en lo que es un nido? ¿en los trabajos, en las fatigas, en el tiempo que ha costado á los tiernos pajarillos su inimitable construcción...? Esas nubes de yerbas, esas brizas tan admirablemente entrelazadas, todas las ha recojido una á una, poco á poco, y con grandísimo trabajo; todas las ha ido doblando con el pico y con el pecho. ¿Qué digo? con el corazón; le ha redondeado, le ha prensado, para modelarle en forma de círculo y formar con él una corona para sus tiernos polluelos; le ha tapizado interiormente, le ha decorado cómodamente con substancias rudas conductoras del calor, con su propio plumaje, para resguardar allí á sus hijos, de la inclemencia del tiempo! ¡Una cosa tan sublime es un nido...! ¡Quién no he

contemplado alguno, y se ha quedado, extasiado ante esa maravilla!

Yo sé como construyen su casita las aves, y desafío al mejor artifice del mundo á que haga una obra tan perfecta; tan acabada; ¡imposible...! los hacen, unas veces el macho, otras, la hembra, y la mayor parte de las veces los dos juntos. Mirad el ruiseñor... el macho recorre todas las ramas de una zarza, mira, da mil vueltas para escojer el mejor sitio; se pone sobre las ramas como para probar su resistencia... luego canta; al momento viene la pájara y examina el sitio elegido para cuna de sus hijos, ¡duda...! el macho se va y enseguida vuelve con una hierbecita en el pico, la dobla, la enlaza entre las ramas de la zarza; gorgoriteando... mira después á la hembra, y se queda contemplándola .. ella le acepta; se marchan los dos, cada uno por su lado, y al poco rato vuelven con los primeros materiales y queda ya trazado.

Una vez terminado, es en pequeño, una verdadera maravilla de arquitectura y de gusto; por dentro está tapizado de crines, hojitas secas y plumitas de lo más suave, ¡cómo se conoce que es obra de una madre!.....

Ya está hecho el nido y se va á comenzar el sacrificio. ¡Con qué solicitud descansa la madre sobre su tesoro, esponjadas todas sus plumas, extendidas las alas; atenta, sobresaltada por el menor ruido, pero inmóvil y en silencio!

Mirad en la rama próxima al macho, alegrando á su consorte, día y noche lanzando trinos y gorjeos para hacerla más llevadera la pesada carga de la incubación.....

Por último, ¡llegó la hora!.. El hijuelo toca con repetidos golpes las paredes de su prisión con su tierno pico. Oyéle la madre y toca también desde fuera... cede aquel muro, y... sale de su concha el polluelo. Acude el padre y contempla á su primogénito... ¡qué emoción! Su corazón palpita... Sus alas se agitan ¡Canta!... ¡Oh Dios mio! ¡Qué trinos de gratitud saldrán de todos los nidos y se elevarán á Vos durante la primavera!

DIANA.



¡POBRE PATRIA!

Á la señorita Ana Barragán, en su despedida

Todo es pesar, abatimiento, angustia, amargura, dolor, melancolia:

la poca luz que le dedica el día mustia al nacer, al apagarse mustia.

El gozar acabó, todo ha quedado como medito que jamás te agrade; hasta el ambiente, que el espacio invade, parece que de pena va impregnado.

Ya no se ve la animación constante que en tu presencia por mi patria había, los cantos que me da la musa mía no tienen gracia ni vigor bastante.

Vuelve ¡oh mujer! á rellenar de gloria la patria por tu ausencia entristecida, vuelve á prestar inspiración y vida á quien vive no más de tu memoria.

Mas si otras causas regresar te impiden, para evitar tan invencible lucha, ¡ay! con un poco de atención escucha lo que sus hijos con afán te piden.

Si así para aliviarnos vas á hacerlo, á fin de que la gracia sea completa, acuérdate también de este poeta que cuando vuelvas ¡volverá él á serlo!

JUAN CHAVES RODRIGUEZ.

Madrid 3 Marzo 1908.

Autobiografía

ANGEL DE TAPIA

En una muy noble, leal y heroica ciudad andaluza de cuyo nombre no quiero acordarme porque no quiero, como dijo Cervantes, de aquel famoso lugar de la Mancha y que supongo no interesará mucho á mis lectores, me trajeron á este pícaro mundo y digo me trajeron, porque según oí decir más tarde á mi comadrona opuse gran resistencia á mi salida sin duda presagiando las muchas calamidades que había que sufrir en esta desdichada tierra española. Nací como todos los seres, muy chiquito no sé si de pié ó de cabeza, aunque según buenos informes, hecho un ovillo y envueltas mis tiernas carnes en el único traje que aún conservo, bien algo deteriorado por el uso y por la acción del tiempo, hasta el extremo de que ya le va quedando poquísimos pelo, habiéndoseme puesto más descolorido que el primer impermeable que usó nuestro padre Adán. Natura me concedió una belleza muy discutida por el bello sexo, pero que me ha permitido alternar con mis semejantes. Jamás el nombre de cara estivo más apropiado que en la mía porque, como por mi enfermedad de la vista he tenido que ponerme varias veces en las impías manos de célebres oculistas, me ha resultado bastante cara. Cuando tuve uso de razón, que es lo único que se puede usar sin que nos cueste dinero, me llevaron á una escuela

donde el maestro, que en vez de tal debía de ser un zurrador de pieles, y ejercitaba su oficio en las mías, pues sin duda era de los que creía que la letra con sangre entra, en fuerza de hacerme sudar por todos los poros de mi cuerpo gotas de tan precioso líquido, aprendí las primeras letras y las segundas que tantos disgustos me han proporcionado, y que jamás lograron hacerme rico. Ya cecidito y en la flor de mi vida, si mi vida estuvo en flor alguna vez (que lo dudo, me trasladé á la Villa y Corte del Oso y del Madroño, en donde, seguramente, hay más Osos que madroños, buscando ancho campo á mis aficciones artísticas y literarias, pero no encontré el campo tan ancho como imaginé, empezando mis primeros pasos por la calle de la Amargura, pues las letras no me proporcionaban con el decoro debido los de Fuente Saucó; entonces decidí dedicarme al arte de Talía, ingresando como alumno en el Conservatorio donde á los tres años fui agraciado con el primer premio de Declamación. Cinco meses antes de mi concurso al premio falleció el profesor de la clase D. Florencio Romea por cuyo motivo me nombró el Director por aquel entonces de la Escuela Nacional D. Emilio Arrieta, profesor auxiliar, de dicha clase. Poco tiempo después fué nombrado profesor numerario el eminente actor Antonio Vico, siguiendo yo á su lado como su auxiliar doce años consecutivos durante los cuales trabajé

ya contratado como actor en el Teatro clásico Español al lado de los célebres actores Vico, Calvo, Tamayo, Romea, Mariano Fernández y otros y in abandonar mis aficciones literarias escribí algunas comedias y zarzuelas en un acto que me fueron estrenadas por mis compañeros de infortunio.

Recuerdo que una de mis comedias titulada «El Domingo de Ramos» y que precisamente estrené en la noche en que se celebra la festividad de ese día, si nó desagrado por completo al público tampoco fué aplaudida y al preguntarme los amigos que no habían podido asistir á la representación, por el éxito de mi obra les contestaba con cara de cuarema; es el primer Domingo de Ramos que he visto sus palmas.

La pérdida de la vista me hizo abandonar el Arte pero no mi afición á emborronar cuartillas y seguir y aun sigo escribiendo para la Prensa.

En la actualidad tengo una comedia en dos actos y tres zarzuelas inéditas escritas en colaboración con un distinguido Literato y Cronista oficial de Granada D. Francisco de P. Valladar y las que pienso dar la á vergüenza pública en la próxima temporada teatral del invierno venidero. Esta es á vuela pluma la historia de mi vida que pongo á la disposición de mis lectores, la que seguramente imagino aceptará por lo poco que vale.

ANGEL DE TAPIA.



Desengaño amargo

—(=)—

Cuando la vida se me puso triste.
Gabriel y Galán.

Puse en ella mi esperanza con la más fiel inocencia
cifré en ella mi ventura con marcada candidez,
palpitaba mi gozoso corazón con gran vehemencia;
padecía mi cerebro fuerte acceso de demencia
cuando ardiente se abstraía recordando su esbeltez.

Yo di crédito completo á sus frases amorosas
sin creer incautamente que pudiese haber mujer
que perjura pronunciara expresiones engañosas
para luego al confiado, entre ideas tormentosas,
abismarle para siempre en tristeza todo el ser.

Yo lo mismo que el poeta de los campos castellanos
se me ha puesto triste el alma, en su plena juventud,
porque nunca comprendía que pudiera haber tiranos
que el vigor de una existencia, que sus hábitos humanos
destrozasen inclementes con amarga ingratitud.

La perfidia de esa ingrata á mi pecho le ha inundado
de la pena más amarga, de la pena más cruel,
ella ha sido como piedra de tormenta que ha arrasado
las pueriles ilusiones que tenía yo plantado
del rincón de mi alma amante en el lóbrego vergel.

A. DESENCANTADO,

Triste alegría

Siempre me ha inspirado curiosidad y no pequeña, la vida, si vida es ello, de esos pobres seres *almas ausentes* que pasean sus cuerpos por patios, jardines y corredores de las jaulas manicomios, al parecer pacíficos y despreocupados, como grandes holgazanes, pero barajando en sus desdichados cerebros, ideas mortificadoras por lo imposibles, planes y esperanzas y aspiraciones que nunca llegan ó ideales que sólo ellos conciben.

Guiado por esta afición, y dispuesto á conocer detalladamente este estuche de curiosidades que llamamos Toledo, llevé mis pasos hacia el antiguo edificio, obra de Ignacio Haram, debida á la iniciativa del Cardenal Lorenzana, y llevada á cabo en los años de 1.790 al 93, en que se encierran tan lastimosos espíritus, ajenos á lo que ocurre en este mundo nuestro que dimos en llamar cuerdo.

Fin que llevaba? Curiosidad, ya lo dije; ni pretendía hacer extrañas experiencias, ni tomar datos y rasgos para un libro; que ni original sería una vez retratada tan magistralmente como lo hizo Martínez Sierra, en su con justicia premiada novela, «Almas ausentes» la vida de estas casas vida igual en todas, pues que iguales personajes, poco más poco menos, toman parte en ella. Tan solo intento que estas líneas sean pasado el tiempo, un excitante de mi debil memoria, para recordar una interesante escena que allí vi.

Antes de presenciarla, y en el camino, hallé los consabidos dementes que respetuosos se descubren y con timidez piden un cigarro mientras esconden el que están fumando y que enseguida tiran para encender el que reciben.

El indignado contra el sexo débil, que atribuye á su esposa todos sus infortunios; se llevó el dinero, le dejó *por Martínez Campos*, y una vez solo en el mundo le llevaron allí, donde vive entre hombres que «parecen locos». Pero aun confía en que Manuela venga en el mes de enero á sacarle.

Le sigue uno, embozado en raído tapabocas, de reluciente mirar, duras facciones, que tiene á gala estar emparentado con importantísimos personajes, casi todos militares, á los que el visitante tiene obligación de conocer, so pena de arrastrar sus iras, exteriorizadas en tremendas miradas.

Corta su esclarecida historia, otro que se acerca y mezcla con rapidez nombres de naciones que él visitó y en las que creyó verme algunas veces. De cuando en cuando intercala aleluyas de esta especie:

«El cuero del calzado reluciente, arrancado que fué de nuestra frente» y se aleja mientras suelta una desagradable carcajada. Vuelvo la cara para

contemplantarle y de manos á boca me veo frente á uno que va á hablarme; el loquero le aparta diciéndole:—El señor no tiene periódicos; vete Paquito.

—Qué dice éste? pregunto.

Guarda cuantos papeles ilustrados caen en sus manos, el Director le quiere mucho y siempre que viene le trae un *Nuevo Mundo*, un *A. B. C.* ú otro cualquiera, que se pasa aquel día hojeando y luego esconde bajo su cama.

En el departamento de mujeres, que nos hace recorrer una monja que charla por los codos, según vulgar expresión, los mismos tipos nos rodean y van tras de nosotros con asombrados rostros, haciéndose gestos, hablando bajito y codeándose con misterio.

La más curiosa es una antigua maestra, con bigote y perilla que recorre las salas con nosotros, se detiene ante todas las puertas para hacer una exagerada reverencia y sigue silenciosa...

Una anciana (con título nobiliariario, por cierto) reposa en una butaca en celda aparte; está abrazada á un panecillo.

—Estás merendando, marquesa?—y con imperceptible movimiento de cabeza afirma á la pregunta. La maestra llega hasta ella, le da un beso en la frente y se retira después de hacer la consabida reverencia.

Mientras la monja cierra la celda, otra infeliz que me acompaña desde que entré y nada ha dicho, me coje del brazo, me aparta un poco y con misterioso acento y casi al oído me dice:

—Hoy no he rezado. ¿Me dá V. un rosario?

—¡Vete Maruja!— contesta la monja que la ha visto.—Pedirás un rosario. ¿verdad? yo te lo daré luego; este señor no tiene. Y obediente pero no convencida, se aparta y nos sigue á distancia.

Otra ocupa su puesto, decidida por el ejemplo de su compañera y empieza á contarme su lastimosa historia; tiene seis hijos, su marido es muy malo; ella es de Quintanar, donde todo el mundo conoce á sus antepasados. Y vomita nombres y apellidos con una rapidez que atonta.

Otra corre chillando con los brazos abiertos; aquella gruñe porque una loca *estropó* un rincón, «la muy cochina»; más cerca, otra consuela á una vieja que llora, escondida la cara en su refajo...

¿A qué seguir? Todas estas casas son semejantes y el que visite una, verá por si mismo esta serie de personajes que con sus gestos, palabras y extravagancias, oprimen poco á poco el espíritu y acaban por entristecerlo.

Así salí del departamento de mujeres y ya para marcharme. oí gritos, palmadas y el monótono acompañamiento de una guitarra. A los pocos pasos se me ofreció una curiosa fiesta de dementes.

En espaciosa sala, en cuyo centro había una estufa á cuyo alrededor varios locos se frotaban las

manos, dando muestras de sentir un intenso frío que no hacía, otros cuarenta próximamente, contentos de la vida al parecer, celebraban ruidosa fiesta baturra. Uno alto, canoso, de agradable rostro y boca ya desdentada, con gravedad de juez tocaba seriamente una guitarra, con sus seis cuerdas y todo, bien afinada y sin señal alguna de maltrato.

Con no poca extrañeza me detuve en el dintel de la puerta y observé aquel holgorio. Los compases de la jota navarra, sonaban perfectamente armónicos, con absoluta medida y completa precisión. Los dementes que en bancos adosados á la pared hacían de teatigos, batían palmas sin compás alguno, vociferaban, daban vivas y jaleaban con gracia á ocho ó diez parejas que simulaban bailar la floreada jota, haciendo infinidad de piruetas, posturas ridículas y adornos ingeniosos á veces.

De pronto aquella confusión, cesa para dejar oír la voz de uno que canta esta copla:

¡Olé y viva la alegría
y quien toca la guitarra!
¡Siga la juerga y la música
que alegra los corazones.

Una general carcajada acogió el cantar y tras de ella siguieron las voces y palmadas, los vivas y jaleos.

Un ¡infelices! modularon mis labios y busqué con la vista al que cantó. Paso de la puerta y al verme; unos dejan el baile, otros se levantan y me rodean, la guitarra calla y va de mano en mano, buscando quien la pulse. La algazara se suspende, no sé si por respeto á la visita; y por no interrumpir aquel momento de solaz, me retiro silencioso.

—No parecen enfermos—digo luego al loquero.

—El que cantó es muy malo—me contesta—A veces se enfurece y da mucho que hacer. No hace media hora tuve que separar á dos que amenazaban deshacerse á puñetazos.

Pensativo bajo la escalera seguido de unos cuantos alienados. Me saca de mi mudez uno que habla con asombrosa ligereza en estos términos:

—Aquí todo pasa. El caso es que el alma no esté triste. Tenemos dos guitarras, pero no hay tocadores y todos sabemos algo. ¡Con tal que las almas se rian de alegría...!

Vuelve á oírse la fiesta. La salida está franca, sigo al loquero, y el charlatán y los que atentos escuchan, contemplan como salgo.

Ya en la calle, un tanto entristecido por aquellas diversas sensaciones que en mí se han sucedido por espacio de hora y media, quiero coordinar ideas, recordar mis quehaceres... pero siento angustiado y sin fijeza mi cerebro, cierta amargura y vago desprecio hacia la vida hace flaquear mis energías y sin rumbo fijo me dejo llevar por el azar entre aque-

llos tortuosos callejones que rodean el edificio, hasta que alzo la vista y veo no distante el metálico brillar del Tajo y la verde vega que le aprisiona; y hacia él desciendo, por ver si el campo sosiega mi inquieta fantasía.

Diez minutos después, mientras sentado en un pedrusco miro indiferente el lento correr del agua, pasan por mi mente, ya más pacífica, deshilvanadas ideas como esta:

—Curiosa paradoja la que he visto. Cuarenta cerebros aislados del mundo por su incompatibilidad peligrosa; basta el alegre son de una mala guitarra par unirlos con fraternal concierto, en el que todos olvidan martirizadas preocupaciones y rinden culto á esas sencillas notas, que acaso tantas veces secaron sus lágrimas de niños, y les hicieron dejar los brazos de su madre para volar á la plaza del pueblo en que nacieron, ver dichosos el clásico bailar aragonés, y gritar hasta ponerse tontos:

—¡Viva la jota!...

..... «la música
que alegra los corazones.»

—Conservaré recuerdo de esta escena—pensé. Y allí mismo, sin seguridad en lo que escribo, saqué papel y lápiz y empecé:

Siempre me ha inspirado curiosidad y no pequeña.....

Carlos M. dd Setién.

Toledo-Marzo-1908.



Cuestión de estrenos

Varios autores hablaban de sus próximos estrenos y señalaban las fechas

en que habían de ser aquellos.

—Yo dice uno—el jueves siete

estreno «Los Mosqueteros»,

—A mí—dice otro—en Apolo,

me pondrán «El gato negro»,

—«Los Necios», me estrenarán

esta semana en Sancejo,

y en Moratalla la Vieja

mi drama «Juan el Negrero».

—Pues, yo amigos,—les dice uno

que había estado en silencio;

por ser, sin la menor duda,

de todos el más modesto,

el miércoles ó el domingo

—¿Tú?

—El mismo.

—¡Qué gracioso!

—¡Será digno de ir á verlo!
 — Y que es ello ¿una comedia?
 —¿Un juguete? ¿un pasatiempo?
 —No, que serán unas... botas,
 y un magnífico sombrero.

ANGEL H. GALINDO.

Sevilla, Marzo 1908.



Algún amigo mío y hasta algún compañero de redacción ha creído notar que *faltaba* en mis *Ecós* de la semana anterior; pues que, por el principio de ellos, parecía que habia de decir *algo* que acaso no acerté á expresar.

No para satisfacción de otros amigos á quienes verbalmente di explicaciones; pero sí para satisfacer á algun otro lector, *que pudo caer en la misma cuenta*, he de manifestar aquí hoy que efectivamente, *algo* faltaba en aquellos *ecós*; pero si faltó no fué porque yo no acertara á expresar lo que bullera en mi magín, que por mejor ó peor dicho más ó menos galanamente expuesto, sé exteriorizar con alguna claridad mis pensamientos; fué porque las palabras cogidas al vuelo, los fragmentos de diálogos oídos y á que en aquellos *ecós* me referia, me sugirieron consideraciones que á mi director, que estaba en el secreto de lo del fantasma publicado por A B C, no le pareció bien por motivos de delicadeza publicar y metió el lapiz rojo donde lo creyó oportuno.

Esto es todo.

Y ahora no crean mis lectoras que despechado por este contratiempo las voy á reñir, no. Las voy á reñir porque yo aunque Diabolo gracias á Dios me gusta dar á éstas, lo que es de él y al César lo que es del César. Y por más que desee llevar á muchas de vosotras á aquellas profundas mansiones en que *casi* Te no, no quiero llevaros por pecados de amor, que estos siempre hallan en mi gran benevolencia; por enorme que sean, sinó por pecados de otra clase....

Y vamos al fondo de la cuestión; es decir al motivo de reñiros.

Sabeis cual es este? ¿No? Pues, oid.

Lo que sí sabeis es en qué época del año estamos y que no es bastante ser buen cristiano ó mejor buena cristiana, sino parecerlo, ¿verdad?

Pues si lo sabiais, nada de ir á rezar el Via Crucis acompañadas del novio; y si vais, nada de distraeros con él (con el novio ¿eh?) con menoscabo del Via Crucis.

Y digo esto porque, días pasados, ví á una señorita que, en tanto se rezaba el Via Crucis, en una iglesia que no es del caso nombrar, permaneció sentadita en un banco detras del que se hallaba el galán dándole conversación y si aquel dia no la ve bien y no la conocí, puedo otro dia tener más clara la vista y tomar nota para que no se me olvide, despues de 60 ó 70 años echar esos pecadillos en la balanza de los suyos para ver si la llevo á mi palacio.

Ya sabrán ustedes que Don Ramón Castillo y G. Soriano, nuestro respetable amigo hace dos días, que sale de casa completamente restablecido de la indisposición que le tuvo algunos días en el lecho; que estuvo enferma de algùn cuidado una hija de don Vicente Castro, Magistrado de esta Audiencia; que salieron para Madrid, nuestro digno Gobernador civil y para Palencia el Oficial que fué de esta Administración de Hacienda D. Carmelo Gutierrez y su familia que se halla enferma la señora de nuestro amigo D. José Alvarez Ruiz; que el viernes se dió cristiana sepultura á la que fué amante compañera de D. Julian Garcia Jimenez á quien damos el más sentido pésame y que ya se halla en Avila, terminada la licencia que le fué concedida nuestro respetable y querido amigo D. Manuel Gonzalez Martí, Ingeniero Jefe de Obras públicas de esta provincia.

EL DIABLO COJUELO.



Suponemos que habrán leído ustedes el programa de los *festivos* organizados por nuestro ilustre Ayuntamiento para solemnizar el aniversario de la gloriosa fecha del 2 de Mayo de 1808.

Nosotros también le hemos leído y la verdad, no hemos visto los *festejos* por ninguna parte.

Lo único que nos ha llamado la atención es que en el programa no figure un par de sesiones de fuegos artificiales.

¡Dios mío; qué va á ser de nosotros sin cohetes ni chupinazos!

Histórico.

Un aragonés ponderando la fruta de su tierra, decía á un castellano:

—Ya ves si en mi pueblo serán grandes los melocotones, que allí cuatro son una docena.

Entre la juventud literaria ha despertado gran entusiasmo el concurso abierto por nuestro querido colega *Heraldo Mercantil*.

Sabemos que son varios los trabajos presentados y no creemos equivocarnos al afirmar que el éxito del referido concurso, ha de ser mucho mayor de lo que podían suponer sus iniciadores.

Nuestro querido colega local *El Diario de Avila*, inaugurará en el número de esta noche una nueva sección de *Caricaturas abulenses*. á cargo de un notable dibujante.

Felicitemos al colega por su reforma y le deseamos un feliz éxito.

Hemos recibido varias cartas de suscriptores á este periódico, indicándonos las reformas que á su juicio, debían implantarse en nuestra modesta publicación.

Agradecemos el interés que con ello nos demuestran y les hacemos presente que hace algún tiempo viene esta Redacción estudiando las mejoras de que PROSA Y VERSO es susceptible y no tardaremos en llevarlas á la práctica.

Nuestros queridos amigos D. Ricardo Aristizabal y D. Juan Salgado y Santiago, oficiales de Hacienda, por oposición, inaugurarán muy en breve una Academia preparatoria para las próximas oposiciones á plazas de oficiales cuartos de dicho ramo.

Dada la competencia de dichos señores, no dudamos que cuantos aspiren á las expresadas plazas se apresurarán á solicitar su matrícula en la referida academia bien seguros de que sus esfuerzos no serán estériles y con la fundada esperanza de obtener un brillante resultado.

Parece ya un hecho que el sábado de Gloria, se abrirá de nuevo al público el Coliseo Abulense, una vez realizadas las convenientes reformas de seguridad exigidas por el vigente reglamento de esta clase de espectáculos.

Mucho nos complacemos de ello y de esperar es que el público abulense seguirá mostrando al Coliseo, la predilección de siempre.

Nuestro querido y distinguido amigo el ilustrado abogado del Estado Sr. Ubierna, ha sido nombrado Secretario particular del Director general del Tesoro público.

Enviamosle nuestra más sincera enhorabuena por tan honrosa distinción.



J. Ch. R.—Madrid.—Recibidas sus dos composiciones y admitidas.—Mande las señas de su domicilio para enviarle el número.

Un suscriptor.—Avila.—Ignoraba que lo fuera usted. Sus cantares se publicarán.

R. L.—Madrid.—¿Cuando nos favorece V. con sus trabajos?

Un atrevido.—Avila.—Todo el público sabe que *El Diablo Cojuelo* y yo somos dos personas distintas; de todos modos agradezco su buena intención.

Turuleque.—Avila.—Hace V. bien en ocultar su nombre, pero parece que le he conocido.

P.P.—Madrid.—Recibido el importe del trimestre.

T. L.—Valdepeñas.—Puede remitir el importe de la liquidación cuando guste.

J. J. de C.—Velez-Rubio.—Mande algún trabajo en verso y muy agradecidos.

C. A.—Madrid.—Ahí va y agarrarse.

Luchó con valentía nuestro pueblo
en aquella ocasión tan memorable,
que aún queda la memoria de aquel hecho
que ya se ha convertido en imborrable.

.....
Y no sigo porque no me encuentro bien.

Zacarias.—Palencia.—Recibida su carta y enterado.

H. G.—Madrid.—Hecha la suscripción y agradecido.

S. C.—Valladolid.—Siento no poderle complacer.

L. F. G.—Sevilla.—Gracias por su envío que acepto.

A. M.—Arévalo.—No he recibido el original que me dice.—Enviaré los números.

Pepe.—Avila.—Se publicará el acróstico, pero es necesario que se dé V. á conocer mandando su firma.

EL CARTERO.